

*A LA ORILLA DE LAS
ESTATUAS MADURAS*

Allí en el río era donde mejor estaba. Ni los sollozos de la tía Josefina que andaba siempre de un lado para otro quejándose del reuma, ni los gritos delgados de su madrina José-María que no hacía más que darle con el chicote siempre que cometía alguna diablura, ni los recados a casa del compadre, ni el tirapié del Juez, ni el rosario, ni nada.

¡Sí, señor. Allí estaba tranquilo!

Una cosa era estar al pie del zapatero con el “Cristo A. B. C.” entre las manos —la de la horqueta era la Y, la de los palos, la U— y otra cosa era estar a la orilla del río, con su *tapón*, esperando a la tórtola.

—Muchacho, anda a comprarme tachuelitas, —le habían dicho.

Pero él había comprado maíz. El zapatero se quedaría esperándolo. La vuelta era lo malo. Ya él conocía muy bien los rebencazos del tirapié. Dolían primero un poco; después le iba quedando como una especie de picazón en todo el cuerpo; se secaban las lágrimas antes de los sollozos, y el dolor se dormía. Al día siguiente se repetía la cosa.

Por el camino largo —sudor y sol— se había topado con gente de campo. Que tuviera cuidado, le dijeron; andaba por allí un toro suelto. Y, ahora, sentado allí entre el matorral, hacía sus cálculos de huida. Había que estar alerta por si acaso caía por allí el *bicho*. ¡¿qué? Nada tan fácil como subirse a un árbol. ¿A cuál? Miró aquí. Miró allá. Puso la vista en uno. Entre los muchos que había del lado acá, ése era el indicado. Estaba sobre el agua en forma de arco y parecía que estuviera *tirándose de cabeza* como lo hacía él cuando venía a bañarse con los otros muchachos. El gran árbol tenía mucha fronda. Metía sus ramas en el agua (¿para pescar?). Era fácil subir y acomodarse allí, escondido entre lo verde mirando abajo.

La inquietud de probar —ya había probado tantas veces— lo aferró por un brazo. Al fin de cuentas, no era malo ensayar. Aquella vez —la culpa era del Ñopo— casi se rompe el cuello. Se habían fugado todos de la escuela. Éran cinco. El Ñato, el Ñopo Pedro, Goyo Gancho, Fulo Encuero y... ¿el otro? ¿Quién era? No recordaba. El otro... ¡Ah! Sí, el Culizo. Andaban por allí echándose abajo, desde el árbol al agua. La rama se fue haciendo resbalosa. El perdió el equilibrio. Y cayó, no en el agua, sino en la tierra firme. El tanganazo fue *padre*.. Desde entonces le habían prohibido ir al río. ¡Pero hoy se había fugado, que diablos!

Si el animal venía, él, de un salto, se treparía en el árbol. No era malo probar. Se alzó. Se echó a co-

rer y ¡pum! ¡arriba!... El árbol se menzó como un gran trampolín y sumergió sus ramas, que sacó luego a flote chorreando agua. Se acomodó a caballo sobre el doblado tronco —¿arco para qué flecha? ¿puente para qué ruta?— lo zarandeó otra vez enca-
prichado y luego, pareciéndole buena la prueba, bajó rápido. Se escondió nuevamente entre los matorrales y siguió preparando su *tapón* para cazar palomas.

Goyo Gancho tenía un *tapón* que —¡púchas!— era tamaño grande. Goyo Gancho sabía muchas cosas. Era su buen amigo. Amigo para el río solamente o para robar mangos en la finca de Chago López, porque en cuanto al *tapón*...

(—¿Me lo prestas, Goyito? Voy al río no más y te lo traigo como si náa...)

...no había querido ni dejárselo oler. Y no hubo más remedio que hacer uno de la mejor manera posible. Había ido recortando ramitas secas, las más derechas que había hallado. Ahora, ya estaba casi lista la *tapa*, en forma de pirámide. ¿Y si el toro venía? Seguramente era ése que había traído de la feria Don Patrocinio. Lo había visto una tarde embestir a un potro. Por poquito le saca las tripas. Miró para el árbol. Se bamboleaba. De allí arriba, ni Cristo...

Hacía calor. Se secó con la manga la frente. Debía ser mediodía. Era la hora propiacia al aguaité. A poquito caerían a beber agua las palomas. Puso el oído... ¡Nada! Sólo el viento movía fuerte las ramas; pero también se oía la música del agua, que co-

rre y corre siempre quién sabe adónde. “Lo mismo que la gente”. El señor cura tenía razón. Era una lata, sin embargo, ir los domingos a la doctrina porque había que ponerse los zapatos. Pero el padre Camilo era bueno, y decía muchas cosas, y daba confites. A las muchachas sí que las regañaba. ¿Por qué? Después de todo. Goyo Gancho podía quedarse con su tapón en casa. Ya él había terminado el suyo propio. ¡Y mejor!

Seguía el ruido del viento y del agua. Pero ya comenzaba a oír en la distancia el *tira y jala* del turrututeo. Había puesto la trampa con su poquito de maíz debajo y se había colocado un poco lejos, bien escondido entre las hojas. De pronto oyó a su espalda un alocado sacudimiento de ramas. Pensó en el toro; y algo se le subió a la garganta. Loco revoloteo. ¿Una paloma? Se envolvió en un silencio pequeño. Sintió de nuevo rápida repercusión de golpes entre la fronda. Oyó un zumbido largo como de bala y... ¡zas!... allí cerquita, sobre una rama, se paró la paloma! Se zarandó un poquito. Abrió y cerró las alas. Alzó el pico. Miró a un lado y a otro. Y se quedó un momento como escuchando. Después se dió a espulgarse.

Hecho un ovillo de silencios, él la estuvo escuchando. Le parecía que el viento mugía ahora con más furia. Una piedra le hacía mal en el muslo. Se quería acomodar. ¡Cuidadito! si se movía, volaba. ¿Por qué harían tanta bulla las aguas del río? La paloma hizo un movimiento, abrió sus alas, y descendió a

otra rama. ¡Esta caía, *seguro!* Al diablo Goyo Gancho con su tapón y todo. El viento remeció fuerte las ramas. La paloma planeó y, suavemente, apoyó sus patitas en el suelo. No una sola: ¡muchas iba a coger! Ponía el pico en la yerba; volvía a alzarlo; y saltaba con pausas hacia el grano. Todo el pueblo se asomaría a mirarlo. ¿Y si el toro venía? La paloma avanzaba. Que no viniera. Y él pasaría orgulloso por la plaza. La paloma movía la cabecita. Subirse al árbol, era la salvación. Un collar de palomas alrededor del cuello para que las mirara todo el mundo. Ya iba a picar los granos. ¿Y el zapatero? Goyo Gancho lo miraría con rabia. Movié el viento las ramas.

La paloma levantó la cabeza y se quedó un momentito asustada. Se iba... ¡Se iba! Echó un paso adelante... y picó un grano. “¡Mire, madrina, cuánta paloma traigo!” Picó otro, sin moverse. La madrina se quedaría mirándolo sin decirle palabra. Un paso más y... ¡pum! O bien se haría la brava y le diría: “Pon ahí eso y andavéme a comprar medio de achioté”. Ya estaba por caer, pero a lo lejos, se encendieron de pronto unas voces. ¿Muchachas? La paloma se echó un poquito atrás. Y ¿quién diablos sería? Alzó el pico asustada. Las voces se agrandaron rápidamente. Abrió y cerró las alas. Tomó empuje. Ruido grande de voces. Viento. Gritos. La paloma desdobló su inquietud y alzó en parábola su vuelo sin ruta. ¡Todo perdido! ¿Y quién, caray, a esa hora?

Un pequeño disgusto de fracaso le hizo cerrar los puños. ¿Escaparían del toro? Una vez había visto

en un sueño a una muchacha vestida de rojo perseguida por un torazo negro. La muchacha resultó ser él mismo. Pero las risas que oía no eran de miedo.

Eran risas de risa. Una ola que avanzaba. Allá en el pueblo era bello reírse por reírse, en la plaza con luna o en el rincón del atrio. Ya lo echarían de menos su madrina y el Juez. "Apenas venga le pego".

El chicote pendía de una horqueta. Ya las voces estaban allí al lado; pero no veía a nadie. ¿De dónde habrían sacado ese chicote? Una vez lo escondió. Todo el mundo buscaba. Y él repetía dentro de sí, como en el juego, "frío... frío... caliente, caliente". ¿Si vendrían a buscarlo estas muchachas a él? Pegaría una carrera. Ni Goyo Gancho pudo alcanzarlo un día. Corría como caballo. Volaba. ¡Ástima, la paloma. El rencor le volvió, por un instante, a los puños. Pero ahí estaban las risas. Iban a aparecer. Su rubia se cambió en curiosidad.

Una muchacha —¡Vengan, vengan!— llena de sol y risa, desembocó al galope.

—¡El río está pa'comérselo!

El no había visto gente así rubia en el pueblo.

Y llegaron en junta otras dos. Se veía, por lo rojo del rostro, que había andado por ahí robando mangos. Se veían hechas agua, del sudor. Sin medias y con las zapatillas en la mano... ¡Ah, sí! las conocía. Que habían estado allí el otro verano. Cuando la *junta* de Alba y el paseo con iguana. Mejor la

junta —cumbia y chicha— con María Molinillo que gritaba borracha y Goyo Gancho que se cayó del bayo. Sí, como ahora, se reían y gritaban, con la vela en la mano, bailando cumbia. Habrían llegado ayer en la balandra del Ñopo Juan. Más grandes. Más bonitas. Las estaba mirando desde su gruta de hojas. No oía lo que decían. Se habían sentado. Una que otra palabra le llegaba al oído desmenuzada. El viento las partía con sus tijeras de éter. Así desgranaba él cada mazorca, por las mañanas, cuando le daba el grano a los pollitos. Uno se había enfermado. Debía echarle limón en el pico. Si estuviera cerca oiría claro. Pero el agua hacía bulla y el viento mugía. Una tenía las piernas desnudas, en horqueta, y él miraba un poquito. Otra, con una rama, meneaba la corriente del río. La que estaba de espaldas al tronco era mejor que las otras. Rumiaba un mango verde. En la finca de Chago López habrían estado. O en la hacienda de doña Gumercinda. Allí era peligroso, por el *ganao*. ¿Y si el toro venía? Ya las veía corriendo y dando gritos; como cuando hubo el fuego, que todas las mujeres corrían de un lado para otro chillando con los brazos al aire. Se iba a calmar el viento. Se calmaba. Le llegaban ahora al oído palabras claras. La que tenía la espalda apoyada al árbol decía —se reía, movía las manos: “su boca tenía gusto a tabaco y me apretaba tanto el seno. . . y me apretaba tanto. . .” El viento sopló fuerte. Le llegaban trocitos de otras palabras y el pentagrama fresco de las risas. Otra se levantó meneando el torso y tarareando una rumba.

Con ésta había bailado él una cumbia en la *junta* de Alba. No quería. Reculaba. Goyo Gancho lo había hecho caer a la rueda. Y había bailado largo. Un borracho lo echó a un lado diciendo: "Fuera chiquillo baboso!" Ahora ella se meneaba como entonces y cantaba una rumba. Las otras comenzaron a imitarla, cada una por su lado, con la blusita levantada. Y él notaba como las blusas iban subiendo poco a poco. A la madrina José María la había visto una noche desnuda. Había entrado en el baño, sin saber, de golpe, y allí estaba la vieja desnudita. "¡Muchacho 'el diablo, cierra la puerta!"

Tenía el alma en cucullas por *eso* nuevo, bello y fuerte que veía; porque de entre los círculos del ritmo habían ido saliendo ellas —¡las tres!— desnudas. Por un instante su cabecita fue una veleta sin norte. Se acomodó mejor entre las hojas. Se había calmado el viento. Sentía calor. Goyo Gancho no iba a creer la cosa. —"¡Qué va, hombre!"— Pero sería mejor no decírselo a nadie. De pronto una muchacha cambió el motivo de su juego y de un brinco quedó sobre la curva del árbol. Lo zarandeó un poquito de arriba abajo e hizo el gesto de echarse, pero no se atrevió y bajó de nuevo. A él le venían ahora unas ganas inmensas de bañarse con ellas; de mostrarles un montón de piruetas que sabía; por ejemplo, tirarse del árbol dando dos vueltas en el aire o nadar bajo el agua muchos metros. Nadando bajo el agua se había topado una vez con algo blando. Una culebra

acaso o un cocodrilo. El agua estaba turbia. No se veía. Y había salido a tierra despavorido. Quién sabe qué animal era aquel. A poquito no más y se lo come. “Ya ves, eso te pasa por travieso”, le había dicho la tía Josefina.

Cogidas de las manos, las muchachas andaban dando vueltas. Y sus cuerpos sudados brillaban bajo el sol. “Cojo una mano, cojo la otra”. La noche de San Juan habían hecho en la plaza del pueblo una rueda de treinta personas que giraban alrededor de una gran fogata. Y daba miedo ver cómo brillaban, al resplandor, las caras de los borrachos. Chicha fuerte y arroz a la Juliana en casa de Rita Pacheco. Goyo Gancho se había llevado en su caballo a Rosario Pinto...

Seguían ellas su juego, cantando “...sentadita en su huerta limón”. Estaban allí brinca que te brinca y *el bicho* podía venir. Bueno. Ya las vería él corriendo. Pero, de pronto, sin saber él por qué, las tres muchachas detuvieron su juego y, por el árbol —trampolín seguro— cayeron *como frutas*, una tras otra, al agua. Como la orilla era alta, él las dejó de ver. Sólo siguió escuchando el chapaleo y las voces. Podía él desnudarse ahora, sin que lo vieran, y echarse al río de golpe. ¿Qué pasaría? De vez en cuando subía una, se trepaba en el árbol y... ¡pundumbum!... se echaba. Por el ruido que hacían al caer, él notaba que lo hacían mal. Caían al agua de barriga. A él sí tenían que verlo. Ni Goyo Gancho, ni el Culizo que tenía tanta fama.

Como seguía sin verlas, la impresión de los cuerpos se diluyó en su mente. Y comenzó a pensar como chiquillo. Comenzó nuevamente a ser muchacho. Y se le fue metiendo entre las cejas un pequeño capricho. ¿Ah, si les escondiera las ropas? El Fulo José Manuel había tenido que irse por entre el monte, desnudito, hasta la finca de Goyo. Todos lo habían sabido en el pueblo. Por eso le decían Fulo Encuero. De veras, era bueno esconderles la ropa. Le habían hecho espantar la paloma. ¡Con la bulla que hacían! Ya no salían afuera. Oía sólo sus gritos y el barullo del agua. El viento sacudía de vez en cuando las ramas. Un remolino de hojas secas y polvo se elevó cerca de él. ¿Cómo esconder la ropa? ¿De una sola carrera, aunque lo vieran, o arrastrándose poco a poco para que no se dieran cuenta? Mejor así. Pero... ¿y si el bicho venía de repente? Todavía no se había movido, y ya se estaba viendo lleno de miedo en la actitud del robo.

Le pasó, cerca, zumbando, la bala de una paloma. Miró el tapón. Muerta ya su inquietud, estaba allí caído a sus pies como una cosa inacabada e inútil. Mañana volvería. Había que preparar mejor la trampa. ¿Qué horas serían? El zapatero estaría ya en casa poniéndole las quejas a la madrina. Pero ella no le pegaba duro. Cuando él llegara, ya estaría con el chicote en mano. “¡Ven acá, muchacho! ¿Dónde diablo has estado?” Tía Josefina, siempre quejándose.

se del reuma, saldría en su defensa. “¡Déjalo estar, mujer, estaría por ahí!” Un rebencazo aquí y otro allá, que ni siquiera lo tocaban de lleno, porque él sabía muy bien defenderse, esquivando los golpes que casi siempre caían sobre los muebles. Eso era todo. Lo demás eran gritos. De la madrina, de él y de la tía. Los chillidos de la madrina José-María se oían hasta en la casa del señor cura. Y la tía Josefina la cogía al fin con él, pues, con el ajetreo, los dolores del reuma le volvían *de fiyo*... Y si lo molestaba otra vez el Culizo con aquello de “Ven-acá-muchacho” le iba a mandar un golpe. Ya lo tenía cansado.

Un moscardón le zumbó en el oído. “¡Mosca 'el diablo!”. Le tiró un manotazo. Eso faltaba, que una mosca viniera a picarlo. De todos modos las ropas tenía que escondérselas. Le habían hecho espantar la paloma. Aunque lo vieran. Eso no le importaba. Y se arrastró un poquito, en-cuatro-patas, muy lentamente.— ¡Mucho cuidado!— Sus ojitos viajaban del río a la ropa y de la ropa al río. Seguía oyendo los gritos de las muchachas. Pero no les veía. Se habían dado a otro juego, seguramente, porque sólo veía, de vez en cuando, algo como pelota que hacía arcos en el aire. Oía claro las voces. “¡A mí a mí!” Rumor de agua. Zumbidos de viento. “No la tires tan fuerte”. Adivinaba a veces, a través de las ramas, una cabeza rubia que pasaba y un chapaleo confuso.

Se iba acercando lentamente a la ropa. Le palpitaba el alma. ¿Si lo veían? El viento levantó nueva-

mente su remolino de polvo y hojas secas. Cerró los ojos. ¿Si lo veían? ¡El las había mirado desnuditas! ¡Le tendría que confesar esto también al cura? “Acúsome, padre, que...” Oía las voces. “¡Tira aquí, tira aquí”... “he visto a tres muchachas en cuero”/ Le zumbó nuevamente el moscardón. “¿Y eso cómo, muchacho?” Era mejor no decirlo. Ni a Goyo Gancho tampoco. Ni al Culizo. Chapaleo, chapaleo. Gritos y viento. Después de todo... “¡Oye, no tires fuerte!” Una vez él no había confesado un pecado. ¿Y si el toro venía? Ya las veía corriendo. Y él se veía a sí mismo, en medio de ellas, allá arriba en el árbol. Un chapaleo confuso entre las ramas. ¿Confesaría el pecado? “¡Zambúllete a cogerla, idiota; no la dejes perder!” Veinticuatro avemarías y un credo, de penitencia. Y además... las blusitas estaban sudadas. Las aferró en conjunto. Y, cuando iba a volverse atrás para esconderlas, oyó de pronto el trote fuerte de la bestia que se acercaba. Era el toro. Era el toro. En un zig-zag de espanto le pasó la gran bestia por la mente. Enorme. Embravecida. Mugierte. Y el grito le salió como trueno:

¡El toooro! ¡¡El toroooo!!!

Soltó la ropa. Huyó por entre el monte. Bala perdida.

Cada estatua desgajó su lamento. Los lamentos se unieron en mazo. Y el viento, por su cuenta, hizo del mazo un bloque de alaridos. El chapaleo confuso, hecho de espanto, partió el agua en estelas hasta el ár-

bol. Era el refugio próximo. Y cada una puso en él su inquietud. Se subieron de un salto, sin percepción exacta de lo que hacían. Se apretujaron, una al lado de la otra. Entre las hojas verdes, los tres cuerpos desnudos se balancearon un momento chorreando agua. Ahora sólo eran un racimito de miedos y silencios.

Los pasos de la bestia se acercaban bebiendo suelo. Ni una palabra. Ni un grito. Ni un lamento. El gran miedo había puesto su cartel a la entrada del árbol como en los cines, "No se habla". Sólo se oía la música del viento y el coro ruso del agua. Los golpes de tambor de las pisadas se hacían siempre más claros. Con los ojitos puestos en la pequeña boca del camino, las tres estatuas se apretujaban cada vez más sobre el árbol. Ya la idea era una sola, un punto: EL TORO. Ya estaba allí cerquita. ¡Iba ya aparecer! ¡Ya estaba allí! ¡Oh!

No era el toro.

Era el cura del pueblo que venía caballero en su mulita.

¿Cómo doblar la risa en pedacitos para que no saliera? Ya ellas lo conocían. Era severo. Si las veía desnudas. ¡Virgen Santa! Era un santo señor. Cada domingo hacía un sermón larguísimo sobre las buenas costumbres. ¿Y ahora qué pasaría?

Se bajó de la mula. ¿A qué vendría? Se estaba tan sabroso en el gua. Sacó de la mochila una gran toalla

blanca y un libro viejo. Los puso al pie del árbol ¿Vendría a bañarse? ¿Y eso de cuándo a dónde? ¿Era tan tímido! Nunca miraba a nadie. Y andaba siempre con los ojos al suelo como buscando el último pecado para ofrecerlo a Dios.

¡Sí, en efecto! El señor cura venía a bañarse. Miró a un lado y a otro. Y, ya tranquilo, comenzó a desabrocharse muy lentamente la sotana. ¿Cómo amarrar la risa, con qué sogas, para que no saltara desbocándose? ¡Avemaría y el cura de los infiernos! Apareció primero una rarísima camiseta de lana, verde a rayas y agujereada por todas partes. Después el pecho fuerte, lleno de vellos. Y al fin, un muy curioso pantaloncito de baño, tan pequeño, que apenas le cubría lo necesario. Era también a rayas, pero rojas sobre fondo amarillo. Las piernas eran flacas y peludas. Demasiado peludas. ¿Cómo diablos maniatar la risa?

Se sentó al pie del árbol y se puso a leer, tranquilo como si nada, el libro que traía. Sin duda era la Biblia. De vez en cuando miraba la corriente, y volvía a sumergir, luego, sus ojos en las páginas.

Pero el buen cura no podía concentrarse. El pensaba que todo le iba mal. El había cometido algún pecado gravísimo, porque, la noche antes, el demonio lo había vuelto a tentar. Carmela era la causa. Pero, Señor, ¿qué culpa tenía la pobre muchachita de tener buenas formas? Pero no eran sus formas solamente, eran sus ojos verdes. ¿Por qué, cada mañana,

cuando venía a traerle el desayuno, se le quedaba ella mirando con esa sumisión de cabra? Ese era su tormento. Cada noche lo tentaba el demonio. El habría cometido un gran pecado, porque el Señor le había retirado su ayuda. Noche a noche sentía una desazón insostenible. Y no lograba, ni conciliar el sueño, ni apartar de su mente los ojos verdes de aquella criaturita. Pasaba sus vigiliass noche a noche empapado en un sudor frío y pegajoso que le brotaba como la sangre al Cristo. Se había dicho: “Mañana me daré un baño en el río”. Y había venido precisamente a esa hora en que el calor hace estar en su casa a todo el mundo. Pero no estaba bien sumergirse enseguida. Estaba sofocado y la emoción del frío podía causarle mal. Había traído un libro, pero no conseguía concentrarse. ¿Cuál era aquel varón —Santo varón— de la Tebaida que sucumbió a la tentación del demonio? Señor, no recordaba... Padre Zósimo no era. Padre Zósimo era aquel que tenía su vida muy entroncada con la de aquella otra gran Santa que se llamó María Egipcíaca. Tampoco era el Santo Francisco de Asís... Ni San Antonio tampoco. Definitivamente no recordaba, o no sabía a ciencia cierta. Con perdón del Señor. Que todas estas cosas las debería saber un buen siervo de Dios. Pero en alguna parte había él leído aquella historia. En la *Leyenda Aurea* seguramente. Tenía que repasarla. Y había también leído en alguna parte unos consejos contra las tentaciones del Maligno. Ayunos y cilicios decían los padres de la iglesia. ¡Ay, Señor,

cómo se adivinaba que ellos no habían vivido en el Trópico! ;Qué extraño! Cierta oculta inquietud lo dominaba casi inconscientemente. Tenía abierto su libro, y por más que hacía esfuerzos, no podía percibir exactamente, no podía darse cuenta del texto. Las miradas se le iban siempre al agua. Algo tenían las ondas. ¿Acaso lo tentaba nuevamente el demonio? Pensó en los ojos verdes. ;Qué laxitud de cabra tenía aquella bendita criatura del Señor! En sus últimas noches, sus sueños habían sido una cruel geometría de líneas dóciles, mórbidas, flexibles. Ancas, senos y piernas de mujeres. Pero ahora no dormía. ¿Por qué en las ondas veía también reflejos de ancas, piernas y senos? Quería mirar de nuevo. Quería cerciorarse. Pero no se atrevía. Sentía en la nuca la mismísima garra del Maligno. “¡Ave gratia plena dominus tecum!” Sintió valor. Hizo un esfuerzo duro, y posó la mirada, casi desfallecida, sobre las ondas. ¡Oh, Señor! ¡Sí, Señor! La geometría infernal estaba allí, de nuevo, como en el sueño. ¡Exacta! Se movían en las ondas, se cruzaban, las líneas dóciles. ¡Ancas, piernas y senos de mujeres! “Satanás, vade retro”. Se persignó angustiado. Tiró el libro. Se alzó. Cogió su ropa. Y cuando iba a vestirse —¡Alabado sea Dios!—oyó risas agudas, largas, estentóreas, que caían de los árboles. ¡Oh, ya no pudo más! Todos los diablos del infierno habían venido a tentarlo. Y huyó tal como estaba, por el camino lleno de sol. Una nube de polvo y carcajadas lo seguía como un rabo, como una maldición...

HECHIZO

Terminado el trabajo de la fotografía, me fui a cazar, una tarde, por los alrededores de Hong Kong. Llevaba mi morral y mi fusil. Se daban por allí unos conejillos de carne muy sabrosa, y tenía la esperanza de cazar uno de ellos.

Había ya caminado bastante, sin hallar nada, y estaba algo cansado y sediento; de manera que me acerqué a una casa que divisé desde lejos.

Un chino viejo fumaba su cachimba.

Me llamó la atención, desde que llegué, una chinita, con un pañuelo rojo atado a la cabeza, que me sonrió muy amable.

Cuando pedí agua, fue ella quien me la trajo. Me la entregó con una graciosa reverencia.

Atraído por la gracia de la criatura, comencé a conversar con el viejo sobre los campos, las cosechas y otras cosas.

Yo, en mi interior, ya me había hecho el más firme propósito de no perder aquella deliciosa ocasión.

Pasaban otras mujeres ajetreadas, que entraban en la casa.

Unos hombres volvían, cansados del trabajo en el campo.

Yo seguía conversando con el viejo.

La chinita, que había estado ocupada en la cocina, reapareció, de pronto, con un rastrillo al hombro, y dirigióse, con pasos menuditos, hacia el campo de arroz.

Esperé que estuviese algo distante; me despedí del viejo; di un largo y fatigoso rodeo; pasé un bosque de enmarañada vegetación, y fui a salir a una especie de colina, desde la cual divisé a la chinita, sobre los surcos, atenta a su faena.

Al verme, dió señales de inquietud y agrado. Creí que iba a escapar; pero no se movió. Sin embargo, sus gestos me hicieron comprender que era imprudente bajar al campo. Podía mirarme el viejo.

Descendí hasta unas plantas de la ladera. De un solo salto podía caer al campo; pero el bosque era propicio al idilio.

La chinita seguía limpiando el surco para ocultar su miedo.

—Di una vuelta —le dije—; pero no he hallado nada.

—No es el tiempo.

Seguimos conversando. Los reflejos de las últimas luces le enrojecían el rostro. Estaba inquieta. No se atrevía a subir. Decía que el viejo era terrible.

—Si no subes —le dije— doy un salto y te beso.

La convencí. Subió, le di la mano para hacerla llegar; dió un pequeño traspié, y cayó entre mis brazos, sencilla.

Recogí su inquietud entre mis labios, sin darle tiempo de reponerse.

Temblaba. Se quería escabullir; pero sus gestos de defensa, ya lánguidos, eran un incentivo a mi deseo.

La besaba en la boca, golosamente; la besaba en los ojos, y la sentía vibrar, acezante, como una bestiecilla indefensa.

De repente ladraron unos perros. La chinita se desprendió, asustada; saltó al campo de arroz, cogió el rastrillo y huyó vuelta una liebre...

Me quedé como en ascuas. ¿Qué hacer? ¡Malditos perros! ¿De dónde habrían salido? Permanecí sentado allí un instante. No quería resolverme a perder la dichosa aventura. Sin embargo, iba ya obscureciendo, y una densa neblina caía sobre las cosas. No era prudente permanecer de noche en el campo. Si aligeraba el paso, podía llegar con tiempo a la ciudad; pero había algo más fuerte que todos mis temores; algo que me obligaba a permanecer.

No podía irme. Siempre el sexo ha sabido jugarme tales bromas. Mi voluntad jamás consigue sobreponerse. Era preciso ir a la casa del chino. Quería sentir de nuevo entre mis brazos a la inquieta criatura.

Me levanté. A lo lejos bailaba en espirales el humo de la casa.

Volví a hacer el penoso rodeo, y llegué bien cansado al "bungalow" del chino. Estaba todavía allí sentado fumando su opio.

—Me he demorado un poco rastreando —le dije—, y ahora se me ha hecho tarde; la noche va a venir y no me atrevo a seguir solo mi viaje hasta Hong Kong.

Con esa indiferencia propia del campesino chino, repuso:

—Si quieres, puedes quedarte hasta mañana. Una taza de té no ha de faltarle.

Como asentí, se levantó, agregando:

—¡Ven!—

Y me llevó a una pieza bastante grande. Yo, al ver que había dos camas pensé: "Si duerme aquí este viejo, va a ser difícil el asunto". Dejé a un lado el fusil y el morral y me salí al portal con el propósito de conversar con él y enterarme.

La chinita trajo el arroz y el té. Mientras comíamos, yo la seguía mirando con el rabo del ojo.

Daba vueltas de un lado para el otro, sonriéndome a escondidas del viejo. Al fin prendió una lámpara y entró a una pieza vecina de la mía. Creí que iba a salir nuevamente. El viejo hablaba de las cosechas. Yo miraba hacia adentro. No salió más.

Cayó la noche. Alegué sueño. Me despedí.

—Si quieres agua, —me dijo bébela ahora. Los perros no conocen de noche. Pueden morderte.

Me acompañó hasta el cuarto; dijo algo que no entendí muy bien, y se fue caminando, silencioso.

Pensé, lleno de júbilo: “No duerme aquí”.

Mi pieza estaba apenas iluminada por una lucerna. En una de las camas había dos chinitos dormidos, uno al lado del otro. ¿Quién los habría traído? Me senté en la otra cama y esperé. Todavía se sentían ruidos y voces.

Luego la casa fue quedando en silencio, y ya sólo escuché el monótono canto de las ranas. De vez en cuando ladraba un perro.

Me asomé al corredor. Estaba obscuro y silencioso. Me acerqué al otro cuarto en puntillas, con bastante zozobra. Recordé que la puerta había chirriado un poco sobre sus goznes; la levanté y la abrí lentamente. El corazón quería saltárseme del pecho. Sabía que si los chinos se daban cuenta, corría serio peligro. Entré en la pieza y cerré nuevamente la puerta con mayor cautela. Precaviendo

un percance, había llevado conmigo escopeta y morral, no para usarlos, sino por no perderlos.

El cuarto estaba a oscuras. Inútilmente traté de acostumbrar mis ojos a las sombras. No lograba ver nada. Comencé a andar a tientas, palpando las paredes. De vez en cuando alargaba el oído. ¡Nada! ¿Dónde se habría metido? A lo mejor, dormía en el suelo. “Debo andar con cuidado —pensé—; si la piso, lanza un grito, y me matan”. Seguí dando la vuelta. No hallaba nada. Mi zozobra crecía. Ya el corazón golpeaba fuerte. ¿Dónde se habría metido? Fuerzas contradictorias luchaban en mi sér. Un miedo horrible me aconsejaba ir a mi cuarto y reposar tranquilo; pero el deseo me arrastraba a una aventura que, a lo mejor —¡vaya usted a saber!— podía costarme cara... Anduve a tientas por el centro del cuarto. ¡Nada! Me acerqué nuevamente a las paredes y las fuí recorriendo con el oído atento... De repente noté una puertecita que antes no había notado. Apliqué a ella el oído. Me pareció escuchar el ruidito apagado de una respiración. Pegué más el oído. ¡Si! Alguien dormía, allí cerca, al otro lado. ¡Era ella! ¡Tenía que ser! Mi corazón golpeaba cada vez con más fuerza. Me asaltó de repente la idea de que pudiera ser otra. Alguna vieja, quién sabe... Quise volver atrás. ¡Oh, no! ¡Imposible! Escuché un rato aún, más que todo, para calmar mis nervios. Hasta que, ya resuelto, abrí cuidadosamente la puerta y entré de puntillas. ¡Oh, el corazón! ¡Se me quería saltar! Era tan fuerte la emoción que al lle-

gar a la cama donde dormía la china, me senté a reposar. Dejé pasar un rato, hasta que, poco a poco, se fue calmando mi inquietud.

Ya dueño de mis fuerzas, me acosté suavemente al lado de ella. Se despertó. Quiso gritar.

—¡No! ¡No! ¡Soy yo!—le dije.

Y encendí una cerilla para que me viera bien.

Me miró con unos ojazos negros asustados.

—Van a matarlo —me dijo—. Si se dan cuenta, lo matan. ¡Váyase! ¡Váyase!

Al oír la terrible amenaza, el corazón volvió a golpearme en el pecho. Parecía un émbolo. Sin embargo, más que yo, más que el miedo, más que todo mi sér, estaba allí la fuerza imperiosa de mi deseo que me arrastraba a todas las locuras. Y sin prestar atención a sus protestas, ya bastante inseguras, me dí a besarla como un loco. Cedió al fin. La sentí apretujada a mi cuerpo, como una cosa mía, sólo mía. Eramos ya un racimo de halagos. De pronto unos perros comenzaron a ladrar afuera. Se oyeron voces de hombres. ¿Qué pasaría?

—Se han dado cuenta —dijo— ¡Van a *matarte!*

Sufrí un choque brutal. Sentí en la nuca como una contracción. Me atacaron los nervios. Y todos mis placeres se detuvieron en seco como frenados violentamente. ¿Todo habría sido en vano? ¡Oh, no! Mi amor propio no podía permitirlo. Era preciso llegar

hasta el fin. Y a pesar de que los perros seguían ladrando afuera, a pesar de que aquellos hombres seguían alborotando, mi hombría se impuso.

—¡Vete! ¡Vete! —me dijo—. ¡Si te encuentran, te matan!

Me eché al suelo, me acomodé el morral y la escopeta a la espalda, y andando en cuatro patas, llegué a la puerta. Le abrí con precaución. No había nadie. Los perros continuaban ladrando. Llegué a mi cuarto. Entré. Los dos chinitos dormían tranquilamente. Dejé a un lado el morral y la escopeta. Me sumergí en la cama, vestido. Me palpitaba el alma. ¿Qué pasaría?

Entraron en el cuarto tres chinos. Me hice el dormido. Conversaban del juego. Comprendí que nada tenían que hacer conmigo. Hice que despertaba. Les pedí un cigarrillo. Me senté al borde de la cama a fumarlo. Conversaron conmigo un instante. Y se fueron al fin.

Me sentía mal. Tenía el susto metido en el cuerpo. Quise dormir. No pude. No me atrevía a salir en busca de agua. Recordaba a los perros. Pasé una noche horrible. Y apenas se hizo claro, me fuí de prisa.

* * *

Tres días habían pasado. Durante ellos, yo no me había sentido muy bien. Pero tampoco pensé que

fuera cosa de importancia. Me daba cuenta, sin embargo, de que aquella aventura me había afectado gravemente los nervios. Por las noches, dormía sobreexcitado. El más ligero ruido me despertaba. El corazón volvía a latirme fuertemente en el pecho. De día, mientras estaba trabajando, sentía en la nuca algo así como la fuerte presión de una garra. A veces la cabeza me daba vueltas. Y tenía que apoyarme donde fuese por no caerme.

Como yo trabajaba en el cuarto oscuro, que era sumamente caliente, y además como el olor penetrante de los ácidos me producía bascas, salía de vez en cuando hasta el patio para aspirar el aire. En estas idas y venidas había perdido el tiempo, y la labor se me había retrasado bastante.

A la hora del almuerzo, le dije al holandés que era mejor que yo me quedase para darle una mano al trabajo.

—¿Y no almuerzas? —me dijo.

—No tengo hambre —le contesté.

El se fué. Yo no sentía, en efecto, ni pizca de hambre. Y, más aún, me daba cuenta de que por más que lo hubiese intentado, las bascas que sentía eran tales que mi estómago habría devuelto cualquier cosa que yo hubiese ingerido.

Me acosté en el diván del salón con intención de dormir. Pero, ¡qué! ¡Era imposible! Mi dolor de cabeza iba aumentando con prisa galopante. Me le-

vanté nuevamente. Fuí a la cocina. Bebí agua. Me empañé la cabeza. Di algunos pasos por el salón. Me asomé a la ventana. Respiré el aire fresco. ¡Nada! el dolor aumentaba. Me senté nuevamente en el diván. No resistía ya más. Y comencé a quejarme con la cabeza entre las manos.

A la hora acostumbrada, volvió el holandés. Lo sentí irse directamente al cuarto oscuro; pero al no hallarme allí, salió a buscarme.

—¿Qué te pasa? —me dijo, al encontrarme tendido, frotándome las sienes y la nuca con desesperación.

—¡Me duele! ¡Me duele mucho!

—A lo mejor es hambre —repuso—. Es malo estar con hambre. Hay que comer.

Y se fué a la cocina.

Preparó no sé qué y me lo trajo. Me bebí la poción. Tenía un sabor como de ajeno.

—Ahora te pasará —me dijo.

Y, en efecto, no sé si fué ilusión o realidad, lo cierto es que el dolor se me calmó por un instante.

Me fuí de nuevo al cuarto oscuro, y ya estaba revelando una nueva película, cuando, de pronto, lacerante y pungente como nunca, me volvió el malestar.

—¡Imposible! ¡No puedo! —le dije—. ¡Búscame un médico!

Y dejando el trabajo en la cubeta, me fuí a acostar en el diván.

Me retorcía. Me quejaba. Saltaba. Daba vueltas. Rechinaba los dientes. ¡Ay! ¡Ay! No resistía. Y comencé a quejarme con unos alaridos desgarradores.

Oí que el holandés llamó al *boy* y le ordenó que fuese en busca de un médico en seguida. Una de las dos chinas que nos servían de criadas se puso a abanicarme.

El médico llegó después de un rato.

Pude observar aún varias maniobras que hizo, como auscultarme el pecho, medirme el pulso, etc. Después se me nubló la visión de las cosas y me hundí en una noche de muerte.

* * *

Las dos chinas que, según supe, se pasaban el día y la noche al lado de mi cama abanicándome, me contaron la mayor parte de las cosas que pasaron después. Otras las he podido hilvanar atando cabos de lo que yo vislumbré durante la mortal enfermedad.

Al parecer, estuve muchos días sin conocimiento. Quería hablar, quería decir algo, pero mi lengua se movía con torpeza y solamente lograba articular un glu-glu sordo y trágico. A cada instante deseaba alzarme; parece que me ponía furioso y se hacía necesaria la intervención de varias personas para tenderme nuevamente en el diván. Tenía siempre los dien-

tes apretados, y el médico hacía grandes esfuerzos por separármelos con la cuchara a fin de hacerme ingerir las medicinas. Todo lo que me daban —sopas, pócimas— lo devolvía. De manera que, poco a poco, la gente fué perdiendo la esperanza de la más mínima curación...

Veía en mis sueños las cosas más extrañas; a veces era la graciosa chinita que, muy reída, me daba en la cabeza con el rastrillo, produciéndome el consiguiente dolor. A veces eran los dos chinitos que yo había visto dormidos, quienes se despertaban y se ponían a aullar. “¡Cállense! ¡Cállense!”, les gritaba. Era peor. Aullaban cada vez con más fuerza.

En seguida salían de todas partes unos perros feroces que hacían coro de aullidos y me atacaban como a bestia salvaje. A veces me veía a mí mismo, desnudo, corriendo tras la china, también desnuda, a través de los dorados arrozales. “¡No! ¡No! Vete de aquí ¡Van a matarte!”, decía ella. Pero yo la tumbaba sobre el césped y me ponía a besarla, frenético.

Entonces comenzaba a caer una lluvia infernal, con truenos, relámpagos y cataratas de agua. A nuestros pies corría un río enorme que empezaba a crecer, a crecer, y amenazaba arrastrarnos. La impetuosa corriente arrasaba con todo: árboles, animales, objetos. Ya nos llegaba el agua a las rodillas. De pronto yo me hallaba a horcajadas en la primera horqueta de un árbol. Sobre el río turbulento, de tronco a tronco, había un alambre tendido a manera de puen-

te. La china dijo: "Tenemos que pasar al otro lado, para salvarnos". Y comenzó a pasar por el alambre.

Cuando estuvo en el centro, sobre el enfurecido torrente, empezó a hacer piruetas con su paraguas, como en los circos. Yo le gritaba: "¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Vas a caerte!". Pero el ruido del agua y de la lluvia era tal, que mis gritos perdían todo valor.

Ni yo mismo lograba oírlos. Me lancé a caminar sobre el alambre, para salvarla; ya estaba cerca de ella, cuando, de pronto, cayó un rayo. Se reventó el alambre. Y caímos los dos abrazados al borrascoso torrente... Chapaleamos un instante en sus ondas... Después nos sumergimos en una espesa y silenciosa tiniebla...

Me veía, de repente, corriendo, con el morral al hombro y el fusil en la mano me perseguían los chinos con enormes chuchillos. Y los perros aullaban furiosamente. Mi corazón golpeaba fuerte. Pensaba: "Va a salirseme del pecho". Pero enseguida dejaba de sentir sus latidos y me invadía una especie de calma. Ya no oía los ladridos de los perros. Volvía el rostro. ¡Ni un alma! Me habían dejado solo.

Y llegaba acezante al "bungalow". Allí estaba, en cuclillas, el viejo chino, fumando su cachimba impasible. Desenvolvía un paquete y me mostraba una monstruosa masa sanguinolenta. Sentía en mi pecho un enorme vacío. "Este es —decía— tu corazón. Voy a picarlo en pedacitos para que se lo coma la china. De ese modo volverá a ser doncella..."

Perdía el conocimiento. Y seguía oyendo sólo el monótono ruido del machete...

* * *

Una malaya muy graciosa, como de unos quince años, que vivía con su madre en el patio, me contaba más tarde que una noche me habían dado por muerto, y ya todos, cansados de las largas vigili- as, se habían ido a acostar. Yo había quedado solo, tendido en una mesa central. Tenía ya quince días de estar enfermo. El médico me había desahuciado días antes. Y todo estaba listo para el velorio. Mi cuerpo, tieso y seco, ni se movía, ni respiraba. Las chinas que, día y noche, me abanicaban para espantarme las moscas, se habían ido a acostar. Y la gente del patio comentaba mi muerte con terror, porque todos decían que mi contagio era cosa de brujería.

La pequeña malaya me contó que, esa noche, ella tenía mucho miedo, y le decía a la madre que el muerto podía levantarse, y que las brujas podían venir, y no sé qué otras cosas. Parece que yo volví a soñar: Una mujer me perseguía diciéndome: “¡Yo soy tu esposa y éstos son tus dos hijos!” Yo le insistía que no, que no era cierto, que yo nunca había estado casado; pero ella se empeñaba en tal forma, que tuve que aceptar. “Ven, sígueme —dijo ella—. Vamos a visitar a tu madre. Está muy grave”. Ya mi madre había muerto hacía tiempo, pero en ese momento no recordé el detalle. Seguí tras la mujer, pero no pude

ver a los dos chinos. Cruzamos los extensos arrozales. Yo preguntaba a veces: “¿Dónde está? ¿Dónde está?” “Allí cerquita —decía ella— tras aquel cerro”.

Seguimos caminando, caminando...

Yo empezaba a cansarme. Me faltaban las fuerzas. “No puedo más! ¡No puedo! —grité— ¡Sigue tú sola! Dile a mi madre que otro día yo iré a verla”. La china dijo entonces: “¡Yo sigo!” Pero en vez de seguir por ese mismo camino, prosiguió rumbo al río... Yo pensé: “¿Cómo? ¿Me dijo que iba a ver a mi madre, y ahora sigue otro rumbo?” Resolví, pues, seguirla para ver adónde iba. Continué mi camino hacia el río, sin darme cuenta de que ya ella había desaparecido. Sentado al pie de un árbol, en una loma, al lado del camino, había un chino muy viejo. Tenía en la mano un gran bastón de bambú. “¿A dónde vas?” — me dijo. “Estoy paseando” — repuse—.

“¿Y tú no sabes que allá te están buscando? ¡Corre! ¡Corre a tu casa; allá te esperan!” Yo estaba tan cansado, que no sentía deseos de caminar. Pero el chino me apoyó en los riñones la vara de bambú y me empujaba, diciendo: “¡Corre! ¡Corre!” Me empujó al fin tan fuerte, que perdí el equilibrio y caí al precipicio...

Fué entonces cuando caí de la mesa en que estaba acostado.

El holandés decía después que él oyó el ruido, y que estuvo preguntando desde arriba: “¿Quién es?”

¿Quién está ahí?", creyendo que, a lo mejor, alguien se había metido a robar. Pero que, luego, se acostó nuevamente a dormir.

Yo recuerdo que, desde el momento de la caída, comencé a vislumbrar ciertas cosas. Oía las voces de alguien que gritaba: "¿Quién es?" Pero no comprendía que se tratase de mí. Yo caminaba a gatas, con gran esfuerzo, hacia la puerta... y oía, confusas, las voces de la pequeña malaya, que conversaba con la madre en el patio. Hacía yo un gran esfuerzo por hablar, por gritar, pero todo lo que me salía de la boca era un glú-glú de ahogado, aterrador. Parece que golpeé fuertemente la puerta, y que la malayita y su madre, asustadas, salieron huyendo. Parece que también el holandés oyó la batahola que se armó por doquier, pero como era hombre menos supersticioso, bajó precipitadamente las escaleras, abrió la puerta y me encontró tendido en el suelo. Había perdido nuevamente el conocimiento... Logré aferrar aún algunas frases. Percibí, sobre todo, claramente, la voz de alguien que gritaba: "Está vivo! ¡No se ha muerto!" Y recuerdo que antes de hundirme nuevamente en las sombras del sub-consciente, aquella frase me produjo un alivio muy dulce y una simple sensación de bondad. Algo así como si hubiera querido besar a quien dijo esa frase...

La pequeña malaya me contaba después que el cocinero había propuesto llamar a un santo o brujo que habitaba al otro lado del río. Este estaba creci-

do y era difícil pasar, pero alguien se ofreció a hacer el viaje. Algún tiempo después —según contaba la malaya— apareció un chino enorme, flaco y de mal aspecto, de gestos misteriosos y de mirada echada siempre al suelo.

Dijo ella que el gran brujo se me quedó mirando.

Levantó sus dos manos de largas uñas hacia el cielo, y de repente las dejó caer fuertemente sobre mi vientre, lanzando un alarido terrible. Yo me senté de golpe, con los ojos salientes, y lancé un grito ronco.

Después caí de nuevo en el letargo. El brujo comenzó a preparar sus exorcismos y bebedizos para alejar a los malos espíritus. Mandó que le buscasen un bambú, lo más largo que pudiera encontrarse. Dijo que iba a rezar, y pidió a todos, chinos y chinas, que lo siguiesen en el rezo. Fue haciendo ceremonias —gestos y cantos— por todas las esquinas de la pieza. La gente lo seguía con devoción y con cierto temor. La noche estaba clara, pero aún así el brujo quiso que llevasen antorchas, para alejar a los malos espíritus.

Parece que, de pronto, llamó al cocinero y le dijo:

“¡Búscame un gallo grande, de buena casta!”

Los que se habían marchado en busca del bambú llegaron todos sudorosos. El brujo entró en la pieza, me desnudó y formó con mis ropas un bultito, que ató al extremo del bambú; luego clavó la caña en el patio. De vez en cuando, a medida que el rezo avan-

zaba, se acercaba al bambú, lo sacudía y gritaba no sé qué. Los rezos continuaron hasta la medianoche. Yo no daba señales de vida...

El holandés contaba más tarde que, como él no creía en esas cosas, se había ido a acostar, con la seguridad de que mi entierro se efectuaría al día siguiente, temprano. Como él tenía dinero mío guardado, pensaba hacerme un buen entierro. Quién sabe... Lo cierto es que, al subir a su cuarto, dejó abajo mi cuerpo sin señales de vida.

Cuando el reloj tocó sus doce campanadas, el brujo hizo salir de la pieza a todo el mundo. Los muros, de bambú, dejaban ver, sin embargo, la ceremonia tras sus rendijas. La malaya contaba que el brujo se montó a horcajadas sobre mi cuerpo. Luego encendió un papel especial que había traído y comenzó a pasarlo sobre mi rostro, haciendo signos cabalísticos. Murmuraba conjuros en una lengua rara que ninguno entendía. Luego se levantó sin más preámbulos y aferró por las patas al gallo enorme. En la otra mano empuñaba un afilado machete. Colocó la cabeza del gallo en un madero y se la desprendió de un solo tajo. Con el cuerpo decapitado, el chino daba golpes por todas partes, salpicándolo todo de sangre; mientras, blandía el machete en la otra mano, lanzando unos aullidos infernales. Se acercó nuevamente a mi cama, me dió unos cuantos golpes con el gallo, y terminó el ritual dentro del cuarto dándome un gran planazo en el estómago. Parece que lancé un grito

horrible. Y que también la gente que estaba en el patio comentó aquello, diciendo que era buena señal. El brujo salió, golpeó con el cadáver del gallo en el bambú y lo dejó allí colgado. Después siguió sus rezos y sus gritos, dando golpes sonoros sobre un "gong". La ceremonia siguió toda la noche. Todavía no daba señales de vida. Por lo menos, había quedado inmóvil nuevamente, sin manifestaciones de mejoría. Sin embargo los chinos tienen fe inquebrantable en estas cosas, de manera que algunos esperaban que de un momento a otro debería realizarse el milagro.

En efecto, cuando ya el día clareaba, comencé a dar señales de vida. Moví un poco los brazos, abrí los ojos y empecé a exhalar de nuevo el angustioso gluglu. El brujo se montó por segunda vez sobre mi cuerpo escuálido y comenzó a hacer signos en mi frente. Yo abría de vez en cuando los ojos, y veía sobre mi rostro el suyo flaco, de mirada acerada y de barba ganchuda. Después volví a perder la sensación de las cosas. Parece que dormí ya bastante tranquilo, y que, al despertar más tarde, sentí un hambre devoradora. Manifesté con gestos mi deseo de comer. Y oí la voz del brujo, que decía: "Prepárenle una sopa de arroz".

Comencé a percibir ya claramente las cosas que me rodeaban. A mi lado, la pequeña malaya me abanicaba. Le pedí un cigarrillo. Se levantó de puntillas y fué a hablar con el brujo. Recuerdo que pensé: "Si no permiten que fume voy a morirme de nuevo".

Ella volvió con cigarrillo y fósforo. Lo encendió. Me lo puso en la boca. Mis manos no lograban cogerlo, y ella tuvo que hacer las veces mías. Recuerdo que sentí desagradable el sabor del humo; pero era placentero fumar, sentirme vivo y hacer todas las cosas que hacía antes.

El cocinero se acercó con la sopa de arroz. Me la dieron a sorbos. Y aún después de beberla sentí hambre...

El holandés bajó con la intención de prepararlo todo para el entierro, y se quedó perplejo cuando me vió con vida.

—Tienes vida de gato —me dijo—. ¡Has andado del brazo de la muerte!

Lo cierto es que las cosas que soñé (si no todas, algunas) se realizaron después: la muerte de una anciana y otros hechos.

Después de unos instantes me dieron otra vez sopa de arroz, y repitieron la dosis a intervalos, porque mi hambre era antigua...

* * *

El brujo se quedó allí varios días, para cuidarme de los malos espíritus. Sin embargo, las labores de la fotografía se reanudaron pronto, y cada cual se ocupó en su faena.

De vez en cuando aparecía la malaya con el arroz, y conversaba un poco conmigo mientras yo lo ingería.

L A B O I N A R O J A

Algún tiempo después el brujo me ayudó a caminar hasta la muerte y me senté en el juicio a ver la

Hasta que, poco a poco, según iba volviéndome el aliento, fui dejando de verla como un niño a una niña. Le agarraba el bracito, la acariciaba... Ella dejaba hacer, y me miraba sonriendo... No podía haber idilio más tierno para el renacimiento de mi espíritu. Era como una nueva adolescencia. Más grata. Más pura. Más delgada.

Nada más delicioso ni más suave...

Hasta que ya una tarde no pude resistir.

Era un crepúsculo canicular.

Sentí en mi entraña un choque. Un rugido brutal. Mi carne despertaba enfurecida. Volvía la vieja bestia sexual. La niña estaba allí, apetecible. Me sentí nuevamente todo un hombre. Iba ya a devorarla... pero...

¡Qué horror! ¡Era doncella!

¿Y si volvía el hechizo fatal?

Me eché a correr como un loco.

Saltando, dando tumbos, llegué, acezante, al patio. El brujo estaba solo, fumando. Me miró sonreído.

—Ya no vuelve —me dijo—; estás bien sano. ¡Regresa! ¡Ella te espera!

Me invadió una inefable satisfacción. ¡No moriría! Estaba en salvo!

Y me volví de nuevo hacia el crepúsculo donde ya comenzaban a brillar las estrellas...